

DOMINGO IV.

DESPUES DE PASCUA.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO,
cap. I. v. 17. 21.

Carísimos: Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las lumbres, en el qual no hay mudanza ni sombra de variacion. Porque de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. Vosotros lo sabeis, hermanos míos muy amados. Por esto todo hombre sea pronto para oír: pero tardo para hablar, y tardo para ayrarse. Porque la ira del varón no obra la justicia de Dios. Por tanto desechando toda inmundicia, y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra, que ha sido inxerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas.

INSTRUCCION.

La palabra de verdad exige siempre de vuestra parte, hermanos míos, la mas respetuosa atención, y la docilidad mas perfecta; pero hoy debe un nuevo motivo hacerlos mas preciosa todavía. En esta Epístola os instruye un Padre, un Apóstol que nuestros antepasados han elegido para Patrono y Protector de esta Parroquia; y como sus lecciones se extienden á todos los fieles del mundo, por eso la Iglesia la da el nombre de católica ó universal. Sin embargo, esta universalidad puede entenderse tambien por la diversidad de las materias que trata, y porque en ella se presentan todas las obligaciones de la moral christiana; pero con aquella sencillez que constituye el carácter del Evangelio. El Santo Apóstol conseguirá sin duda bendiciones sensibles sobre las verdades de que voy á instruiros hoy, y que primeramente publicó por toda la tierra sellándolas despues con su sangre; pe-

ro si alguno de vosotros tuviese la desgracia de contradecirlas, tema traer sobre sí el juicio mas riguroso y una condenacion terrible. Por tanto, hermanos mios, prestadme vuestra atencion, y sed dóciles para sacar todo el fruto que llevan sus palabras.

Toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las lumbres. Estas son unas verdades incontestables que algunos novadores han tenido la osadía de atacar en diversos tiempos; pero que sin embargo y á pesar de todos sus esfuerzos no han podido destruir, porque su evidencia es eterna. Nuestra fe, hermanos mios, no necesita ciertamente de ilustraciones sobre este dogma; pero nuestro corazon tiene gran necesidad de instrucciones. Decimos que todos los bienes dimanen de Dios; pero ello es cierto que obramos como si fuesemos el primer principio y último fin de todas nuestras acciones. Pasan años enteros sin convertirnos una vez á Dios, ni freqüentar, ni gustar de la oracion: caemos todos los dias en mil tentaciones, y no buscamos los medios de precaverlas. El estudio de nuestra religion

está del todo abandonado, los sacramentos no se freqüentan; nada nos interesan las miserias y desgracias del pobre; el deseo del cielo jamas obra en nuestras almas, ni damos un paso para merecerlo. Todo nos parece que está en nuestra mano, y que podemos salvarnos sin la gracia, ó que á lo ménos es esta una qualidad tan esencial á nuestra naturaleza que nunca puede faltarnos. Ved, Christianos, como desmentimos con nuestra conducta la máxima del Apóstol de que toda dádiva excelente, y todo don perfecto es de lo alto.

Tambien desconoceis, hermanos mios, esta verdad siempre que os domina la vanagloria; siempre que publicais vuestras virtudes, como si naciesen de vosotros; siempre que exercitais alguna buena obra para merecer la atencion, y los sufragios de los hombres; siempre que la idea de vuestra superioridad y grandeza os lleva á despreciar á vuestros hermanos, á deprimirlos con malas palabras, á humillarlos, á disminuir la idea que se tiene de su virtud. ¿Podréis conocer obrando de esta manera que vuestras buenas pren-

das vienen de lo alto, que no habeis podido adquirirlas por vuestras propias fuerzas, que no sabiais conservarlas, ni aumentarlas sin el auxilio del Dios que las ha dispensado, y finalmente que nada teneis sino flaquezas que las degradan y obscurecen?

Estos dos defectos comprehenden la mayor parte de los pecados que cometen los hijos de los hombres; pero si la máxima del Apóstol estuviese grabada profundamente en sus corazones, no solo veriamos la correccion de tantos vicios, sino tambien grandes exemplos de edificacion para sus hermanos. Entónces obrarian el bien con firmeza, porque en Dios dice el Apóstol no hay mudanza, ni sombra de variacion. Al contrario los que no conocen, ó no quieren confesar que todo viene de su mano, estos son tan poco estables en las virtudes que al menor viento las pierden: los vapores y las negras nubes que se levantan del fondo de su corrupcion las obscurecen: todo indica el origen de donde nacen.

Ved de la manera que el Apóstol compara los efectos de la voluntad inmutable de Dios con los desórdenes

que produce la inconstancia de la nuestra, y mostrándonos despues en Dios una inclinacion natural para hacer el bien, nos dice: de su voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. El Señor no nos ha dado el título de hijos porque hemos querido serlo, ni porque lo hemos merecido, sino porque su misericordia se ha dignado hacernos esta gracia. Las faltas contra nuestra vocacion no son simplemente un desórden, una injusticia, una prevaricacion, sino una ingratitude escandalosa, una odiosa tenacidad, una locura insoportable. Qué, Dios quiere nuestra santificacion, ¿y nosotros la perdicion eterna? El nos ha engendrado para que fuesemos como primicias de sus criaturas, ¿y nosotros nos degradamos así por el pecado? El nos ofrece la palabra de verdad, ¿y no abrimos los oidos sino á la mentira? El no se ha contentado con una simple adopcion, sino que ha hecho una verdadera generacion para que esta adopcion fuese irrevocable, ¿y nosotros nos conducimos como enemigos contradiciendo su voluntad, y renunciando las

gracias que nos ofrece? Esta, hermanos míos, es nuestra conducta, y hasta este punto llega nuestra ceguedad. A vosotros mismos apelo, y os constituyo por Jueces.

Pero todavía conoceréis mejor la oposición de la santidad de Dios con la miseria de nuestra naturaleza si meditáis las siguientes palabras del Apóstol: Todo hombre sea pronto para oír; pero tardo para hablar, y tardo para airarse. Esta advertencia es un poderoso remedio para la mayor parte de los desórdenes que afligen la Iglesia de Jesu-Christo, y destruye todos los obstáculos que se oponen á la salvacion. ¿Sabeis las causas de la perdicion del mayor número de los Christianos? tales son que no podeis dudarlas. Ese espíritu indócil que os cierra los oídos á la voz de Dios, ese orgullo que os hace abundar en vuestro propio sentido, ese amor propio que os hace insoportable todo lo que contradice vuestras opiniones, son los enemigos del espíritu de paciencia y de misericordia que el Apóstol nos ha presentado en Dios como el objeto de toda nuestra atencion y reconocimiento. Todo hom-

bre sea pronto para oír. Esta es una máxima del Sabio. Todo aquel que quiere instruirse debe siempre prestar su atencion á los objetos que se le presentan: no solo debe estudiar las verdades de la salvacion, sino que ha de exâminar atentamente todos los sucesos de la vida, porque la experiencia nos dice que en todo lo que nos sucede es mas útil escuchar y meditar, que raciocinar.

Sed tardos para hablar, es decir, nunca hableis sin reflexionar sobre el objeto de vuestras conversaciones, ni aventureis congeturas sobre cosas que ignorais, porque la precipitacion en las palabras es peligrosa, y la causa por lo comun de todos los vicios. Aquí tiene su origen la mentira: la buena conciencia nunca se conforma con una lengua indiscreta, porque sabe que es imposible hablar con ligereza sin alterar los hechos que se refieren. De aquí nace la maledicencia: una lengua precipitada no reconoce los límites que prescribe la caridad, y así prefiere una sátira ó una chanza faltando al respeto y la consideracion que se merecen muchas personas por su dignidad y sus virtudes.

De aquí proviene la blasfemia : el Profeta Rey queriéndonos hacer una pintura de los que hablan temerariamente, nos representa á los impíos, que despues de haber paseado por la tierra su mordaz y cortante lengua para despedazar quanto encuentran, la llevan hasta el cielo para registrar los terribles secretos de la Divinidad, y atacar sus atributos mas esenciales. De aquí nace la curiosidad. Las personas en quienes domina la pasion del mucho hablar, molestan á todos con sus preguntas, cometen mil imprudencias, y exponen á sus hermanos á indiscreciones irreparables, de manera que suelen causar males espantosos. Todos los dias vemos nacer enemistades irreconciliables de una sola indiscrecion : las pendencias, las querellas, la desolacion de una familia, todo proviene de una palabra dicha sin tiempo, ó de las mentiras y falsos supuestos que aventuramos en las conversaciones para conseguir la gracia de los oyentes. Dios por tanto mira este desorden como uno de los mas abominables delante de su presencia. ¿Quién será capaz de numerar los males que causa una mala lengua? Ella, segun nues-

tro Apóstol, es la suma de la iniquidad. Así, hermanos míos, si quereis evitar tantos defectos, y no veros expuestos á sufrir los efectos de la cólera de un Dios, que es la misma verdad; seguid constantemente la leccion del Apóstol : sed tardos para hablar. Pero si esta es tan útil, no lo es ménos la que sigue : sed tardos para airarse. La cólera del hombre ofende abiertamente la justicia de Dios ; pero el Apóstol distingue dos justicias, y por consecuencia dos efectos de la cólera. Toda indignacion movida por causa de la justicia de Dios es santa y útil por sí misma. El zelo de la honra de Dios es el que debe mostrar todo Christiano sin temor á los respetos y consideraciones del mundo. Entónces puede irritarse seguro de los auxilios del cielo para apoyar sus amenazas, como así lo manifestáron tantos varones justos en uno y otro Testamento. Esta cólera está libre de pecado, segun la expresion del Espíritu Santo ; pero aquella que produce la pasion de los hombres es criminal, y débese evitar con gran cuidado. Seamos pues tardos para airarnos. Quando el motivo que excita nuestra

indignacion es justo, hablamos con fuerza, y obramos la justicia; pero no conzamos con esta santa disposicion esa emulacion peligrosa, que inspira siempre el amor propio; ese mal humor que nos disgusta de todo; esas palabras injuriosas con que tratamos á nuestros subalternos por qualquier motivo, y mil otros defectos mas perjudiciales al próximo, mas escandalosos para los que viven en nuestra compañía, y mucho mas perjudiciales para los infelices que tienen la desgracia de haberse entregado á ellos. Por tanto, concluye el Apóstol, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra que ha sido inxerida en vosotros, y que puede salvar vuestras almas. Esta máxima nos hace ver que para recibir la palabra de Dios con utilidad, debemos purificar nuestro corazon. Muchos la reciben, y léjos de salvar sus almas, las endurecen en la iniquidad, y se debilita su razon porque no desechan la inmundicia. Como la palabra de Dios encuentra sus almas manchadas del pecado, y cautivas de las pasiones mas vergonzosas, no dexa impreso en ellas su

carácter, y esta sin duda es la causa del poco fruto que hasta aquí ha producido en vuestros corazones. Conviene pues, hermanos míos, desechar toda inmundicia, y conservar un ódio santo á todo aquello que nos inclina al pecado, y nos hace abundar en el mal. Entónces vereis cómo se engendra la justicia en vuestro corazon, cómo abunda el fruto de las virtudes, á la manera de un árbol bien cultivado, y cómo se connaturaliza esta justicia, y salva vuestras almas.

¡O Apóstol Santo! oid nuestras súplicas, y seguidnos esta gracia. Haced que estos conciudadanos míos, que tienen la fortuna de teneros por su Patrono y Protector, se distinguan de todos por su respeto á la palabra santa, por su amor á la justicia, por su ódio al pecado, por sus deseos del cielo, y que estando prontos para oír, esté dispuesto tambien su corazon para entender, y que su vida sea conforme al Evangelio.

Haced que sean tardos en hablar. Desterrad de su seno por vuestras oraciones las mentiras, las ligerezas, las incredulidades, las burlas y las sátiras

con que tanto ofenden al próximo en sus conversaciones.

Haced que sean tardos en airarse. Extinguid sus resentimientos, sus disputas, sus animosidades y sus palabras ásperas é insultantes. En fin, haced que siendo puros en sus costumbres, vivos en su fe, y perfectos en la justicia, sean vuestra alegría, vuestra corona y vuestra gloria en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 5. 14.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus Discípulos: Ahora voy á aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazon. Mas yo os digo la verdad: que conviene á vosotros que yo me vaya: porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré. Y quando él viniere, argüirá al mundo de pecado,

despues de Pascua. y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente: porque no han creído en mí. Y de justicia: porque voy al Padre, y ya no me vereis: Y de juicio: porque el Príncipe de este mundo ya es juzgado. Aun tengo que deciros muchas cosas: mas no las podeis llevar ahora. Mas quando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad; porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará: porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros.

INSTRUCCION.

Todavía habla hoy Jesu-Christo á sus Apóstoles de su próxima separacion, porque quiere que la consideren como el fundamento esencial de todas sus esperanzas. Así quando ve que esta idea los intimida y desconsuela, les advierte que será de corto tiempo, y que en cambio de su amargura sucederán los consuelos y las gracias. A primera vista parece, hermanos míos, in-

creible esta transformacion ; pero quando veamos en las fiestas próximas mudados los Apóstoles en hombres nuevos ; quando los veamos llenos de confianza , de zelo y de valor , conservando su tranquilidad y alegría en el seno mismo de las persecuciones mas crueles , verémos tambien la evidencia y la luz derramadas en todas las palabras contenidas en el Evangelio del dia . Por tanto conviene que las meditemos con toda atencion , á fin de ilustrar nuestra fe , fortificar nuestro amor , y sostener nuestra esperanza .

Ahora voy á aquel que me envió . Estas palabras fixan ya el término de la mision de Jesu-Christo : y á pesar de la amistad y de la union de los Discípulos y del Maestro , la separacion es inevitable . Los Apóstoles las oyen con aquel interes que exige el amor que le profesan , y el reconocimiento á los señalados beneficios que le deben : pero aunque su corazon se penetra de un amargo sentimiento , no se toman por otra parte la molestia de indagar la morada futura de su Maestro . Por esto les dice : ninguno de vosotros me pregunta : ¿ A dónde vas ? Antes porque

os he dicho estas cosas , la tristeza ha ocupado vuestro corazon . Estas palabras no necesitan á la verdad de explicacion alguna ; pero permitidme que yo las dirija á esos Christianos , que sumergidos en la mas dura tristeza , no tienen cuidado de preguntar á Jesu-Christo : ¿ á dónde vas ? ni consideran las aflicciones de la vida sino por la parte de los trabajos y la mortificacion que traen consigo : que no entran en las miras que se propone la sabiduría , la justicia y la misericordia de Dios , para conducirlos por estos caminos ; y que no estudian los designios que en esto tiene su providencia admirable . ¿ Pero quáles son los motivos de consuelo que ofrece Jesu-Christo á sus Discípulos ? Conviene á vosotros que yo me vaya , les dice . ¿ Qué ! ¿ Hay acaso algun momento de la vida en que pueda ser útil la separacion de Jesu-Christo ? ¿ No les decia en otro tiempo : nada podeis hacer sin mí ? ¿ Ahora ha de consistir precisamente su felicidad en su ausencia ? Si para nosotros esto es el colmo de las desgracias , ¿ ha de ser una dicha para los Apóstoles ? Peca- dores , decidme lo que pasa allá en el

interior de vuestra alma quando el pecado os priva de la asistencia de Jesu-Christo y de su gracia. ¡ Ah ! ¡ Qué amargura la vuestra ! ¡ De qué excesos no sois capaces quando él se retira de un corazon donde habitaba ! ¡ Qué caidas tan funestas , y qué desgracias no trae consigo una separacion tan cruel ! Entónces el gusano roedor de la conciencia os devora y os trae en una inquietud continua : temerosos de vuestra suerte vivis anegados en la tristeza á pesar de vuestras diligencias para disiparla : todo sirve para conmoveos , y alejada la paz de corazones tan depravados , estais en guerra contra vosotros mismos. Si los Apóstoles hubieran estado amenazados de semejante ausencia de Jesu-Christo , no fuera la tristeza el único efecto de su dolor : lágrimas abundantes , suspiros y ayes nacidos de lo profundo del corazon serian las señales expresivas del que padecian , y aun no serian bastantes para explicarle. No es de esta manera la ausencia que Jesu-Christo hace de las almas justas ; al contrario , ella es el germen de los consuelos que les prepara , y que suspende por algun tiempo para probar

su amor y su constancia : ella no es el efecto de su cólera , sino de su sabiduría y su misericordia : ella consistirá para los Apóstoles en la privacion de su vista y de sus instrucciones ; pero no por esto les faltará su espíritu : ella consiste para los justos en el silencio momentaneo de Jesu-Christo , en ciertas sequedades que padecen sin abatirlos , y en un disgusto involuntario que los turba y los humilla. Esta separacion sensible infunde en los Apóstoles mil temores ; pero al mismo tiempo les hace mas dóciles y prudentes. De aquí nacen sus ardientes deseos del espíritu de consolacion y de fuerza , y los justos toman de aquí motivo para ser mas fervorosos y humildes. No pudiendo hallarse sin Jesu-Christo , ruegan al Eterno que lo vuelva á su espíritu ; y así para que su corazon abunde despues en alegría , y para que por este medio se fortalezca en el amor , se les puede aplicar las mismas palabras que decia á los Apóstoles : conviene á vosotros que yo me vaya : porque si no me fuere , no vendrá á vosotros el Consolador. Los Apóstoles pudieron muy bien no entenderlas por de

pronto ; pero nosotros , hermanos míos , no tenemos excusa , porque las hemos visto cumplidas en toda su extension , y este es uno de los primeros dogmas que nos enseña y nos manda creer la Iglesia. Prescindiendo del orden inmutable establecido por los Profetas , que habia fixado la mision del Espíritu Santo en el momento mismo en que acabase la del Hijo , ello es cierto que era indispensable dar á entender á los hombres que no tenían derecho alguno sino por Jesu-Christo á los inmensos tesoros de la misericordia , y á las riquezas sin término de la gracia de Dios que habian ofendido. Como nosotros no participamos de los dones que provienen del Padre de las luces , sino por los méritos de su Hijo y por la virtud de su sangre , debia el espíritu que nos los comunica esperar la consumacion del sacrificio , y que fuésemos reformados sobre el modelo de Jesu Christo muerto y resucitado : por manera que si Dios dándonos á su Hijo ha derramado sus misericordias sobre los hombres , les ha colmado de lleno quando nos ha dado el Espíritu que une al Padre con el Hijo , y que á nosotros

nos une tambien con el Hijo y con el Padre.

En efecto convenia que Jesu-Christo se fuese para que enviase el Consolador , y así dice : si me fuere , os le enviaré. Esta qualidad de consolador , que atribuye al Espíritu Santo , nos da una idea de las dulzuras de una paz inalterable. Con este Espíritu deramará sobre la haz de la tierra dones abundantísimos para enriquecer y reanimar á los hijos de un padre prevaricador. La mision de su espíritu no debe tener otro objeto que inefables consuelos. Sin embargo es de notar , hermanos míos , que Jesu-Christo no habla en esta ocasion sino de condenacion y de juicio ; y así á tres efectos reduce la venida del Espíritu Santo diciendo : Y quando él viniere , argüirá al mundo de pecado , y de justicia , y de juicio. Queriendo despues instruir á sus Apóstoles de las causas de predicaciones tan funestas para el mundo , añade : De pecado ciertamente : porque no han creído en mí. Y de justicia : porque voy al Padre , y ya no me vereis. Y de juicio : porque el Príncipe de este mundo ya es juzgado.

Estos tres géneros de juicios tienen evidente relacion entre sí, y corresponden perfectamente á tres géneros de pecados que por desgracia han inundado al mundo; á saber: pecado de incredulidad, pecado de desconfianza, y pecado de impiedad. Los unos se niegan del todo á la creencia de las verdades mas bien demostradas y establecidas; se obstinan en cerrar los ojos á la luz; oponen al testimonio sensible de su conciencia los errores de los Filósofos y las preocupaciones de los ignorantes; adoptan los sistemas de aquellos á quienes la fortuna ha elevado á grandes puestos movidos únicamente del interes y de los respetos humanos: en fin, creerian si estuviesen libres de las pasiones; pero esclavos del mundo, participan tambien de su incredulidad, y por tanto les argüirá Jesu-Christo de pecado.

Otros hay que creen, pero tan débilmente, con tan poca atencion al objeto de su creencia, y con tan poca seguridad sobre el fundamento de su fe, que se dexan llevar á qualquier viento de doctrina, y su esperanza no está mas firme que su fe. Ellos en general

conocen una justicia, cuyo principal exercicio consiste en recompensar á los buenos, y castigar á los malos; pero no por eso se dexan llevar del atractivo de las recompensas, ni temen las amenazas: ellos viven en una cobarde insensibilidad sobre todos los objetos de la religion, participan de la injusticia del mundo, y el espíritu de Dios les arguyè hoy de justicia.

Los últimos han sacudido del todo el yugo de la fe, levantan su orgullosa cabeza, y se atreven á preguntar con insolencia si acaso hay algun soberano Ser que tome interes en nuestras acciones: su atrevimiento llega al punto de suponer, que el interes de los Sacerdotes y la necia credulidad de los pueblos han introducido esos dogmas incómodos de una vida futura. El Ser Supremo, dicen, está muy distante de nosotros; y si á la verdad existe, y tiene las perfecciones que se le atribuyen, no parece propio de su grandeza el cuidado de tan miserables criaturas. ¿Hay acaso algun medio para mantener una relacion entre el hombre y el Criador? ¿Son conocidos por ventura los espacios que los separan? ¿Qué

importa que este Ser lo llene todo, como se dice, si los sentidos, único conducto para las ideas, no pueden percibirle? El alma, compañera fiel é inseparable del cuerpo, ¿ha prevenido su existencia, ni sobrevivirá á su dissolution? ¿No serán así vanos todos los temores que quieren infundirme esos hombres tétricos, asustadizos y neciamente crédulos? Ved, mis hermanos, las blasfemias é impiedades que oímos todos los dias, y que leemos en casi todos los libros que en tiempos tan desgraciados produce el libertinage y las pasiones. A la sombra de tales absurdos se cometen todos los crímenes con tal que sean impunes. Ya no hay leyes para los hombres que siguen estos principios; y á excepcion de ciertas reglas de pura conveniencia y política, todo lo demas merece su desprecio. Ellos atropellan las instituciones consagradas por el tiempo y por su bondad misma. Vivan donde quieran no reconocen ni respetan la autoridad quando pueden eludirse de su yugo. Ellos son temibles baxo qualquier gobierno donde se hallen. Pues estos hombres tan despreciables como

soberbios son á los que el Señor argüirá de juicio.

Todos los errores y desórdenes que prescribe el santo Evangelio deben referirse necesariamente á estos tres géneros de juicio; y así vivid, mis hermanos, con gran cuidado, porque ya es juzgado el Príncipe de este mundo: temed que se conformen vuestras costumbres con sus máximas, porque entónces habeis consumado vuestra perdition.

Se hace muy poco caso, hermanos míos, de esta importante verdad. Los pecadores, que todavía no han sacudido el yugo de la fé tiemblan quando se les recuerda el juicio final: se turban, se alarman siempre que se les habla de esa confusion y trastorno general que debe venir, de ese terrible aparato que debe anunciar el dia de las venganzas, de ese peso de magestad, y de poder con que el Soberano Juez sobrecogerá á los enemigos de su nombre. Esta relacion se escucha con temor, y parece que los espíritus participan ya del vergonzoso desórden que debe reynar en el último dia. Por mi parte confieso, hermanos míos, que tiemblo quando trai-

go á la memoria las palabras del Evangelio: el Príncipe de este mundo ya es juzgado. Esta expresion es muy bastante para darnos una idea de la justicia poderosa de Dios.

El primer objeto de la mision del Espíritu Santo debe ser el de confundir á todos los que no hayan creido, temido, y esperado en Dios; ¡pero qué diferente para los verdaderos fieles! Para ellos será un Espíritu Consolador que recompense superabundantemente las persecuciones y los trabajos, y que llene sus almas de consuelos.

Aun tengo que deciros muchas cosas: mas no las podeis llevar ahora. Esto decia Jesu-Christo á los Apóstoles. ¿Pues qué, siendo una la verdad, hermanos míos, no penetra de la misma manera nuestros espíritus, no encuentra la misma disposicion en los corazones? ¿Deberémos culpar á la verdad, ó acaso es ella susceptible de aumento ó de alteracion? San Agustin, comparando el Dios á quien adoramos, y la verdad eterna que ilumina nuestras almas á ese Planeta luminoso que vivifica el vasto universo, nos demuestra la injuria que haríamos á la Magestad su-

prema si pensásemos de esta suerte. El Sol es siempre el mismo por la fuerza de sus rayos, y por el calor que comunica á la tierra; y si algunas veces no lo vemos con todo aquel resplandor y hermosura que arroja de sí, no culpemos sino á la debilidad y mala disposicion de nuestros ojos, porque en efecto los ojos sanos le ven como él es. Verdad suprema, prosigue el Santo Doctor, tú eres inmutable; y si los rayos que arrojas de tí, deslumbran nuestros ojos y los ciegan, nuestras enfermedades son la causa: tu luz es muy grande para que puedan sufrirla nuestros débiles ojos.

De aquí nacen, hermanos míos, las precauciones y miramientos que adoptamos para anunciaros esta misma verdad: de aquí ese silencio que observamos á pesar nuestro sobre una multitud de puntos que influirian sensiblemente en vuestras inclinaciones: miramientos que autoriza algunas veces la prudencia humana; pero que sin embargo detesta y condena: miramientos que hacen sobre manera temible nuestro ministerio, porque nos exponen á exasperaros, y á perder vuestra con-

fianza. No teniendo, como no teneis, disposicion alguna para recibir la verdad como ella es en sí, quereis que se modifique, y que se acomode á vuestros intereses y pasiones, y estedes un escollo muy peligroso para los Ministros de la palabra santa, y para los que estan encargados de dirigir vuestra conciencia.

Instad por tanto, hermanos míos, y pedid á ese espíritu de verdad, á quien está reservado el decirlo y enseñarlo todo, que no permita que sus Ministros usen para con vosotros de una condescendencia criminal: pedidle que corrija y reprehenda con firmeza, y sin consideracion ni miramiento á vuestras dignidades, y á la representacion que teneis en el gran mundo; y que en todo tiempo y en todo lugar persigan los escándalos con que se ultraja la Magestad Suprema; pero pedidle sobre todo que os dé oídos dóciles que escuchen la verdad, y corazones sensibles para amarla, aun quando ella arranque de vuestros corazones los objetos mas amados.

Quando viniere aquel espíritu de verdad, prosigue Jesu-Christo, os enseñará toda la verdad; porque no ha-

blará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará; porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros. En efecto, Jesu-Christo por este Espíritu nos instruye habitualmente de infinitas verdades que no podemos comprehender por solo la letra del Evangelio: de este Espíritu es de quien debemos esperar la inteligencia de aquellos misterios que sobrepujan la razon; y siempre que nos negamos á la evidencia de las verdades que nos enseña, contradecemos, y pecamos abiertamente contra él.

Pero á vista de vuestro endurecimiento y poca fé, ¿no podré yo dirigiros, hermanos míos, las mismas palabras que el primero de los Mártires dirigia en otro tiempo á la Sinagoga junta en Jerusalem? ¡O hombres de duras cervices, de orejas incircuncisas, cuyo corazon se cierra á las verdades mas sensibles, cuyos oídos no quieren recibir los testimonios mas evidentes y auténticos!

Sí, hermanos míos, si escuchaseis atentamente este Espíritu, no tendríais necesidad de otros Maestros y otras